



Cor ad cor

1

CUADERNO SOBRE LA **VIDA Y**
DOCTRINA DE SAN JOHN
HENRY NEWMAN

Cor ad cor

ESCRIBE: THE NEWMAN SOCIETY

1

CUADERNO SOBRE LA **VIDA** Y
DOCTRINA DE **SAN JOHN**
HENRY NEWMAN

© COR AD COR. CUADERNO SOBRE LA VIDA Y DOCTRINA DE SAN JOHN HENRY NEWMAN. Año 1, No. 1, julio – septiembre 2019, es una publicación editada por The Newman Society, en Zapopan, Jal., Tel. 33 2538-2488. cuaderno@thenewmansociety.org. Editor responsable: Adrián A. Aguilera A. Reservas de Derechos al Uso Exclusivo No. ____- ____- _____. ISSN ____-____, ambos otorgados por el Instituto Nacional de Derecho del Autor, Licitud de Título y contenido No. ____.

Impresión y encuadernación: GP Soluciones Impresas S. A. de C. V., Calle Mezquitán 574, Col. Barranquitas, Guadalajara, Jal., C. P. 44280.

Este número se terminó de imprimir el 9 de octubre del 2019, con un tiraje de 1000 ejemplares.

Reservados todos los derechos. Prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación sin la autorización expresa de sus autores.



COR AD COR LOQUITUR

Presentación

John Henry Newman (1801-1890) es una de las figuras más destacadas del catolicismo inglés del siglo XIX. Es, sin lugar a dudas, uno de los escritores religiosos más influyentes de los últimos ciento cincuenta años. Su figura y mensaje han servido de ejemplo a muchas personas a lo largo del tiempo y siguen inspirando a los hombres de hoy.

Procedía de la Iglesia Anglicana, en su casa la práctica religiosa se centraba en la lectura personal de la Biblia y de los autores clásicos anglicanos. En 1816 se convirtió a un cristianismo más atento al Credo. Ya en la Universidad de Oxford asumió en 1822 el cargo de maestro del Oriel College, donde comenzó a poner en práctica su visión de una educación personalizada en la que se dieran cita la excelencia académica, humana y espiritual. Su concepción de la educación quedó plasmada años más tarde en el libro *La idea de la Universidad* (1852), que reúne las Conferencias pronunciadas como preparación a la fundación de la Universidad Católica de Irlanda, de la que fue nombrado primer Rector en 1854.

Durante su juventud había leído con satisfacción largos fragmentos de los Padres de la Iglesia en un manual de historia eclesiástica que había estudiado. Fue en 1828 cuando comenzó a leer sistemáticamente a los Padres, sobre todo los del ámbito griego, que llegaron a constituir la influencia teológica más importante y duradera de toda su vida.

Las reformas que había intentado introducir en el sistema de tutorías con los estudiantes no gustaron a las autoridades del College, lo que ocasionó la destitución de Newman. En 1833 comenzó el Movimiento de Oxford, con Newman a la cabeza. El propósito era resistir a la intromisión del pensamiento liberal para mantener la pureza de la Iglesia de Inglaterra. Mediante una serie de *Folletos*, que Newman inició, y los inspirados *Sermones* en la Iglesia Universitaria de Santa María la Virgen, de la que él era responsable desde 1828, el Movimiento se difundió rápidamente. El intento de construir una Vía Media, o camino intermedio entre Roma y Ginebra, poniendo de manifiesto y recuperando las raíces católicas de una Iglesia de Inglaterra reformada, produjo dos obras teológicas importantes de Newman: las *Conferencias sobre el oficio profético de la Iglesia* (1837) y las *Conferencias sobre la justificación* (1838).

En sus *Sermones Universitarios*, trató el tema de la relación entre fe y razón. Ya se dejan ver aquí alguna de las intuiciones que desarrollará más tarde en su magistral *Ensayo para contribuir a una gramática del asentimiento* (1789), su obra filosófica más lograda.

Dos años después dejaría incompleta su obra teológica más importante, el *Ensayo sobre el desarrollo de la doctrina cristiana*, durante cuya redacción se convenció de que la Iglesia Católica Romana era la heredera de la antigua Iglesia, que había sido el foco de interés de Newman desde hacía muchos años.

El 9 de octubre de 1845 Newman es recibido en el seno de la Iglesia católica. Entonces se negó a renunciar a las influencias positivas que había recibido del Anglicanismo, sobre todo en lo que respecta a la lectura tanto de la Sagrada Escritura como de los Padres de la Iglesia, práctica poco frecuente en la Iglesia Católica en esa época.

La eclesiología de Newman ha influido notablemente tanto en el Concilio Vaticano I, como en el Concilio Vaticano II: en su artículo *Sobre la consulta a los fieles en asuntos de doctrina* (1859) Newman insistió en el papel de todos los bautizados en la Iglesia. En su *Carta a Pusey* (1866) defendió una Mariología moderada, que después reafirmaría el Vaticano II. Defendió igualmente en la *Carta al Duque de Norfolk* (1875) una interpretación moderada de la definición de la infalibilidad papal, contraria a la propuesta por el grupo ultramontano.

En el capítulo final de su autobiografía intelectual, la *Apología pro Vita Sua* (1864), un clásico de la literatura inglesa, Newman defendió la autoridad infalible de la Iglesia, pero postula al mismo tiempo una legítima libertad teológica. En 1877 publicó un extenso prefacio a su libro *La Vía Media de la Iglesia Anglicana*, aclarando algunos puntos respecto a las acusaciones que los anglicanos solían hacer hacia la Iglesia católica.

El 12 de mayo de 1879, el Papa León XIII nombró Cardenal a este insigne hijo de Inglaterra. Más de un siglo después de su muerte, el 19 de septiembre de 2010, John Henry Newman ha sido Beatificado por el Santo Padre Benedicto XVI. Mientras tratamos de asimilar su enseñanza, y en espera de su pronta canonización, a través de este "Cuaderno" intentamos contribuir a la difusión en nuestra patria de la figura y doctrina del Cardenal Newman. Con este sencillo aporte queremos rendir el homenaje de nuestra gratitud a la figura que nos sirve de maestro, modelo e inspiración.

THE NEWMAN SOCIETY

En este número:



**EL JOVEN
NEWMAN**
PÁGINA 7



**MODELO DE
EDUCADOR**
PÁGINA 15



**MAESTRO
DEL ESPÍRITU**
PÁGINA 23



**CAUSA DE
CANONIZACIÓN**
PÁGINA 33

El joven Newman

PRIMEROS AÑOS: 1801-1816

"Dios infundió en mi corazón, a la edad de 5 o 6 años, las preguntas sobre quién era yo y por qué existía"¹.

Inteligente, inquieto, sociable, soñador, con una imaginación prodigiosa -"deseaba que las mil y una noches fuesen verdad"²-, así era John Henry. Niño profundamente observador, a tal grado que cuando llegó a ser adulto todavía recordaba perfectamente la casa en la que vivió sus primeros años, la decoración de las paredes, la cocina de la casa de la abuela. Uno de los primeros recuerdos que había quedado profundamente grabado en su memoria era la imagen de la casa iluminada con velas para celebrar la victoria del ejército inglés sobre las tropas napoleónicas en la batalla de Trafalgar³.

La lectura de la Apología -que tiene



¹ Autobiographical Writings, p. 223, entrada del 14-IV-1843 (traducción nuestra). En adelante se enunciará como AW, seguido de la página.

² Apología pro vita sua. Historia de mis ideas religiosas (Edición de BAC, 2011), p. 3. En adelante se citará del modos siguiente: Apología, seguida de la página. Cuando se haga referencia a la edición inglesa o a otra traducción castellana se especificará.

³ La batalla de Trafalgar tuvo lugar el 21 de octubre de 1805. En ella se enfrentaron, en las costas del cabo de Trafalgar, las tropas del ejército francés contra la armada británica, al mando del vicealmirante Horatio Nelson, quien obtuvo la victoria. Esta batalla se considera una de las más importantes del siglo XIX. Los ingleses celebraron el acontecimiento poniendo velas en las ventanas.

EN ESTE MUNDO NO
HAY OTRA FUERZA QUE
EL COMPROMISO CON
LA RAZÓN, NI OTRA
LIBERTAD QUE SENTIRSE
CAUTIVOS CON LA
VERDAD
(Perder o ganar, cap. 3)

un contexto y un propósito muy específico, a saber: no tanto narrar su vida, cuando la evolución de sus ideas religiosas- puede dejar la engañosa impresión de que era un intelectual retraído. No obstante, como él mismo dijo en alguna ocasión, "para conocer a fondo a un hombre, habría que leer sus cartas"⁴. En el caso de Newman, tenemos a nuestra disposición tanto sus cartas -más de 25000- como sus diarios (ambas, cartas y diarios, se han publicado en 32 volúmenes), en los que se nos revelan interesantes detalles de su vida. A estos escritos alude Trevor cuando hace un recuento de algunos recuerdos de la infancia de John Henry: "Era un niño que recitó 'El gato y el tazón de nata' a los amigos reunidos para su cuarto cumpleaños y que envió a su madre una flor de retama⁵ cuando nació su segunda hermana, Jemima, en 1807 (él tenía seis años). Y el que provocó las risas de un criado de la casa por el hondo suspiro con que pronosticó para sí mismo el inevitable futuro de la escuela, los negocios y el matrimonio"⁶.

John Henry Newman había nacido el 21 de febrero de 1801 en la City de Londres (la casa en la que nació estaba situada en número 80 de la Old Broad Street, en el lugar que ahora ocupan los edificios del London Stock Exchange), fue bautizado el 9 de abril en la Iglesia de St. Bennet Fink. Era el primero de seis hijos del matrimonio constituido por John Newman y Jemima Fourdrinier. Después de John Henry nacieron Charles, Harriet, Francis, Jemima y Mary.

El padre, John Newman (1767-1824), era un "banquero de Londres, cuya familia procedía del Cambridgeshire"⁷, como lo describe John Henry. Era descendiente de sastres y agricultores afincados en el condado de Cambridge. El abuelo paterno de John Henry, también de nombre John Newman, había emigrado a Londres, donde incursionó en los negocios, a mediados del siglo XVIII, y donde también se había casado con Elizabeth Good. El segundo John Newman, padre de John Henry, era un hombre despierto emprendedor, decidido a



John Newman Senior

⁴ "Ha sido siempre una manía mía (aunque suene a tópico) que la vida de un hombre yace en sus cartas" (The letters and diaries of John Henry Newman, vol XX, p. 443. En adelante se citará como LD, luego el volumen y la página). Se puede ver también, a propósito una cita de los Historical Sketches (en adelante: HS, seguido del volumen y la página): no hay mejor forma de descubrir cómo era la conversación de quién ya ha muerto que la lectura de sus cartas (vol II, p. 221).

⁵ Flor de retama: bellas y aromáticas flores amarillas del arbusto conocido como retama, a las que además de su valor ornamental se atribuyen beneficios medicinales.

⁶ TREVOR, M., John Henry Newman, crónica de un amor a la verdad, Sígueme, Salamanca, 2010, pp. 18-19.

⁷ LD, vol. XIII, p. 267 (traducción nuestra).

usar cualquier medio honesto a su alcance para elevarse y elevar la condición social de su familia. En 1799, gracias a su intenso trabajo se convirtió en socio de la firma comercial que a partir de ese momento sería *Harrison, Pricket and Newman*⁸. Su ascenso en la escala social llegaría a una posición muy favorecida en 1812 mediante la creación del banco *Ramsbotton, Newman and Ramsbotton*⁹, ubicado en la que antes había sido la residencia



Retrato de la familia Fourdrinier: la mamá de Newman es la tercera desde la derecha (John Downman, 1786)

de los Fourdrinier.

Jemima tenía 27 años cuando contrajo matrimonio con John, que entonces tenía 32 años; ella era descendiente de comerciantes franceses, que algunas décadas antes habían emigrado a Inglaterra por motivos religiosos¹⁰. Cuando John y Jemima contrajeron matrimonio, los Fourdrinier estaban mejor posicionados que los Newman, eran "ricos fabricantes de papel, tenían casa y comercio en el número 72 de Lombard Street, y una magnífica residencia de campo en Stratford Grove (Upper Clapton), que era atendida por

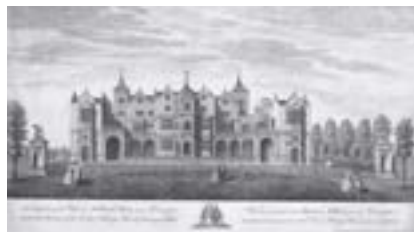
⁸ MORALES, J., Newman (1801-1890), Rialp, Madrid, 2010, p. 14.

⁹ Los socios del banco eran, además de John Newman, Richard y John Ramsbotton -tío y sobrino, respectivamente-, estos últimos gozaban de excelentes relaciones con personas acomodadas de Inglaterra y habían sido elegidos miembros del parlamento en diversas ocasiones.

¹⁰ Eran hugonotes perseguidos que se refugiaron en Inglaterra (véase: KER, I., John Henry Newman. Una biografía, Palabra, Madrid, 2011, p. 25).

una servidumbre de quince personas"¹¹. La boda de John y Jemima tuvo lugar en octubre de 1799¹². Los testigos de la boda fueron un hermano y un tío de la novia, la cual recibió cinco mil libras como dote¹³, que en su momento irían intactas a los hijos.

Era éste un ejemplo típico de una familia de clase burguesa -clase, en ese tiempo, en continuo asenso-, es decir, una familia acomodada que gracias a su trabajo había logrado una muy buena posición. Contaban con varios inmuebles. La casa donde colocaron las



De arriba a abajo: Residencia de la Familia en 17 Southampton Place; fotografía de Holland House (Paul Fourdrinier); Grey Court House, Ham.

velas en las ventanas para celebrar la victoria de Trafalgar puede haber sido, según Trevor, "el número 17 de la calle Southampton" (hoy Southampton Place¹⁴, cerca del museo Británico). En esta casa nacieron los demás hijos del matrimonio. Mayor impresión había dejado en Newman la casa situada en Ham, cerca de Richmond, que era la casa de campo de la familia. Era esta una gran mansión, de estilo georgiano, rodeada de su propio huerto, junto a la Royal Oak Inn. Cerca había otras casas del mismo estilo, entre ellas, no muy lejos la misma Ham House y el río Támesis. Aquella casa quedó profundamente grabada en la memoria de John Henry, y era tanto el cariño que sentía por aquellos parajes que llegó a escribir: "cuando de muchacho soñaba en el cielo, éste siempre era Ham. ¡Feliz el hombre cuyo cielo es el hogar familiar!".

En casa reinaba un ambiente de libertad. En lo que concierne a la práctica de la religión, esta se nutría de la lectura de la Biblia y de los autores clásicos anglicanos. La actitud religiosa de los Newman – teniendo en cuenta las notables diferencia de personalidad entre los miembros de la familia– se

¹¹ MORALES, J., Cit., p. 14.

¹² Íb.

¹³ La dote era el patrimonio que la futura esposa o su familia entregaban al novio, siendo en muchos casos proporcional al estatus social del futuro esposo, que era el encargado de administrar la cantidad entregada.

¹⁴ TREVOR. Cit., p. 19.

caracteriza por la profundidad y la moderación. Seriedad, coherencia, equilibrio, naturalidad, fidelidad, finura eran notas distintivas de la vida diaria en aquella casa, en la que se evitaban, con prudente discreción, todo tipo de excesos. Patria, negocio, música, rectitud moral y familia eran, además de la Biblia, los compenentres fundamentales de la religión que se vivía en la casa de los Newman. John Henry, aunque “no tuvo convicciones religiosas definidas hasta los quince años, experimentaba gran placer en la lectura de la Biblia”¹⁵. De hecho, tuvo desde siempre una gran sensibilidad religiosa, que tanto su abuela paterna –la ya mencionada Elizabeth– como la tía Betsy supieron reconocer y cultivar desde la más tierna infancia¹⁶.



Retrato de la familia Newman (María Giberne)

¹⁵ Apología, p. 4.

¹⁶ Justo antes de su conversión al catolicismo reconoce en una carta la influencia que había recibido de su tía y su abuela: “cualquier bien que hayan mí se lo debo, aparte de la gracia, a ti y a mi estimada abuela, al tiempo que pasé en esa casa” (carta del 25 de julio de 1844).

En 1808 fue enviado por sus padres a un internado de bastante prestigio en su tiempo, al que ingresó el primero de mayo de aquel año, estaba situado en Ealing, cerca de Londres, y era dirigido por el Dr. George Nicholas. Ealing era una escuela civilizada. Entre el ambiente de casa y la escuela elegida había una esencial



Londres

sintonía en cuanto a los ideales y métodos educativos, de ese modo estaba asegurado el ambiente de seguridad psicológica en el que John Henry se había acostumbrado a vivir. La disciplina de Ealing era muy humana a la vez que eficaz. La escuela, que albergaba a unos 300 alumnos contaba con seis profesores de latín, seis de inglés, dos de francés, y ocho instructores para danza, pintura, música, esgrima, gimnasia. De esta etapa guardó Newman siempre gratos recuerdos, lo mismo que el Dr. Nicholas respecto a su joven alumno.

Fue un alumno muy aventajado, como lo muestra el hecho de que rápidamente superó a sus compañeros y fue subiendo de curso antes de lo previsto. El Doctor Nicholas solía decir que “ningún otro muchacho había superado tan rápidamente los cursos de la escuela como John Newman”¹⁷.



Dos vistas de Londres desde el Río Támesis: El Big Ben, en el lado noreste del Palacio de Westminster, actual sede del Parlamento (izq.), y Tower Bridge de Londres

¹⁷ AW, p. 29 (traducción nuestra).

No era un solitario en la escuela, sino un chico con una personalidad atrayente, al que más que los juegos -canicas o una especie de cricket- le atraían las actividades al aire libre; le apasionaban especialmente aquellas que implicaran esfuerzo físico y, por qué no, cierto riesgo: sus diarios están llenos de referencias a baños en el río; navegó varias veces por el Támesis, alguna de esas ocasiones, por ejemplo, intentó dar la vuelta a la isla de Wight remando en bote, a pesar de la niebla marina; gustaba también de hacer caminatas, afición que le acompañó toda su vida; digamos que, en general, le gustaba la aventura; a sus nueve años se quedó atrapado mientras intentaba escalar junto con su hermano Charles un acantilado en St. Leonard's, de donde tuvieron que ir a rescatarlos; aprendió rápido a montar a caballo, algo en esa época muy necesario.

Además de su gusto por la aventura, hay otras dos cualidades que empezó a cultivar desde muy pequeño y que nos permiten dibujar con más color una especie de fotografía de su personalidad, tales aficiones fueron la música y la literatura. Desde pequeño fue formado en el gusto por la buena música, inclinación que compartía con su padre, a los diez años recibió de éste un violín como regalo de cumpleaños, más tarde llegaría a ejecutar con maestría ese instrumento musical.

Su gusto por la literatura le convirtió en un ávido lector y también en un escritor precoz¹⁸. Sus primeros intentos por escribir datan de 1812¹⁹. En los años siguientes, junto a sus amigos de la escuela, fue dando vida a un par de periódicos: *El espía* y *El mirón*. "Sus enemigos" dibujaron en alguna ocasión una caricatura de los miembros del espía, en donde aparece Newman y su prominente nariz, dirigiendo la asamblea. Él mismo creó otro periódico de oposición a aquellos para contestar de forma polémica a sus propios artículos, a tal iniciativa la llamo *El anti-espía*. En otro de sus periódicos, éste más oficial -*La carpeta*- publicó incluso un artículo del entonces ministro estadounidense John Quincy Adams, que tiempo después llegaría a ser Presidente.

¹⁸ La primera carta que se conserva de Newman fue escrita a su madre para anunciarle el final de su primer curso: "Estoy muy contento de informarte que nuestras vacaciones comienzan el 21. Espero encontrarlos a todos bien" (LD, I, p. 4; referido en KER, Cit., p. 25).

¹⁹ En diciembre del año anterior había anunciado la proximidad de la Navidad en una carta que revela al futuro escritor (LD I, pp. 9-10; tomado de KER, I., Cit., p. 26):

"Estimada tía:

Se acerca de nuevo el alegre día 21; nuestros libros se cerrarán, según la encantadora costumbre, y espero tener el placer añadido de verla de nuevo, muy bien y feliz en casa.

Ya en la imaginación rindo mis respetos a los pasteles de carne, al pavo y a las otras cosas buenas de la Navidad.

Mientras tanto, las muescas de mi calendario de madera disminuyen rápidamente, pero no la devoción y el cariño que os tengo.

Estimada tía, tuyo para siempre John H. Newman".

Durante esos años leyó algunos libros escépticos, que dejaron su huella en él, por ejemplo: los tratados de Paine contra el Antiguo Testamento y algunos ensayos de Hume, quizá el Ensayo sobre los milagros, aunque es probable que haya dicho haberlo leído solo por hacerse el interesante, como él mismo reconoce en la Apología. Ante la lectura de algunos versos en francés, probablemente de Voltaire, que negaban la inmortalidad del alma no había tenido más remedio que afirmar: "¿Qué espantoso, pero qué probable!"²⁰

Fue en los últimos meses en Ealing cuando conoció al reverendo Walter Mayers, que se había formado en el Pembroke College de Oxford, para 1815 tenía 25 años, pertenecía al grupo evangelista de la Iglesia de Inglaterra y, como todos los miembros de este grupo, era muy estricto en lo concerniente a la práctica religiosa. Pronto ejercería mucha influencia sobre John Henry Newman, quién años más tarde lo recordó en la Apología con estas elogiosas palabras: "a él casi podría decir que le debo mi alma". Mayers fue quien puso en manos del inquieto y aventajado discípulo aquellos textos de la piedad calvinista que tanto influyeron en él, y que fueron determinantes en su "conversión".



Newman, retrato estilizado del original de Richmond,
Chalk, 1844.

²⁰ Apología, p. 5.

Modelo de educador

NEWMAN Y LA EDUCACIÓN

"Desde el principio hasta el final, la educación ha sido mi línea"²¹.

Con ocasión del inicio de su trabajo como Rector de la Universidad Católica de Irlanda, Newman tuvo ocasión de explicar los ideales educativos que le habían guiado toda su vida. Entonces afirmó que, aunque había tenido que ocuparse en muchos temas, la educación era el tema que siempre había ocupado su pensamiento y hacia el cuál tendía su mente espontáneamente: Porque *"el tema de la educación liberal y de los principios que deben guiarla, ha ocupado siempre mi mente, y porque he vivido la mayor parte de mi vida en un lugar que se ha encontrado inmerso en una serie de controversias -entre gente propia y extraños- y de medidas -definitivas o experimentales- relativas a la educación... habiendo vivido largo tiempo como testigo, en estos escenarios de conflicto intelectual, me considero capacitado para exponer ciertas ideas sobre educación liberal... aunque he tenido que participar durante muchos años en discusiones teológicas, sin embargo, la tendencia natural de mi mente me lleva hacia líneas de pensamiento como éstas que van a ocuparme*

"DESEO QUE LOS
MISMOS LUGARES Y
LOS MISMOS
INDIVIDUOS SEAN AL
MISMO TIEMPO
ORÁCULOS DE
SABIDURÍA Y
SANTUARIOS DE
DEVOCIÓN.
DESEO QUE EL LAICO
INTELLECTUAL SEA
VERDADERO Y DEVOTO
CREYENTE, Y QUE EL
HOMBRE DEVOTO
SEA CULTO Y PUEDA
DAR RAZÓN DE SU FE"



²¹ AW, p. 259.

*ahora, y que siendo tan importantes para la causa católica y tan susceptibles de un enfoque católico, no resultan tan fácilmente susceptibles del peligro que rodea las discusiones sobre la Revelación"*²².

En aquella ocasión afirmó haber reflexionado por mucho tiempo sobre el tema: *"las ideas que expondré no han sido improvisadas para la presente ocasión, se trata más bien de convicciones experimentadas y constantemente mantenidas y quisiera que gocen de la persuasividad moral que corresponde a tales lecciones. Soy no solo abogado, sino cordial y sincero defensor y testigo de las doctrinas que voy a exponer... Las opiniones a que voy a referirme se han desarrollado en el sistema global de mi pensamiento y son, por así decirlo, parte de mi mismo. Mi mente ha sufrido varios cambios, pero en estos temas no han sufrido ni variación ni oscilación, y aunque esto no prueba la verdad de un principio, si estampa un sello en las convicciones y es una muestra de sinceridad y celo... Estos principios estaban presentes en los comienzos, aumentaron su influencia gracias al estudio de la antigüedad cristiana y mi sentido de su verdad se ha incrementado con los sucesos de cada año"*²³.

Efectivamente, desde su juventud Newman asumió la labor de educador como medio honesto para ganarse la vida y, de ese modo, ayudar a su familia; muy pronto descubrió en la educación el verdadero camino de su vida.

El 12 de abril de 1822 fue admitido como formador en el Oriel College de la Universidad de Oxford; de todos los días, ese le pareció *"el más solemne"*, allí intentó un nuevo sistema de tutorías basado en lo que hoy se conoce como "educación personalizada" -lo cual le ocasionó muchos problemas, pues era una novedad que algunos juzgaban contraria a la dignidad de los tutores y maestros- *"la mejora de mayor relevancia se ha iniciado en este ciclo: una alteración radical, aunque no evidente en la lista publicada, del sistema de conferencias. A los peores alumnos se les imparten clases en grupos numerosos, así se ahorra el tiempo para que los mejores estudiantes puedan formar grupos muy pequeños, principalmente con sus propios tutores, en un ambiente totalmente familiar y donde se facilite la comunicación"*²⁴. Newman consideraba el oficio de tutor como una empresa espiritual y no solamente como un oficio cualquiera. Sostenía que

²² Newman, J., *Discursos sobre la naturaleza y el fin de la educación universitaria*, Eunsá, Pamplona, 2011 (tr. José Morales), I, 1, p. 36. Esta traducción corresponde a la primera parte de *The idea of a University*, una de las obras más conocidas del Cardenal Newman. En adelante se citará simplemente como *Idea 1*, mientras que la segunda parte de la obra, editada en 2014 por Encuentro Editorial, se citará como *Idea 2*.

²³ *Idea*, I, 2, pp. 41-42.

²⁴ Ker, I., John Henry Newman. Una biografía, Palabra, Madrid, 2011 (tr. Rosario Athié), p. 55



Newman house, en St.Stephen's Green South, 85-86. Primera sede de la Universidad Católica de Dublin.
El mismo Newman adquirió y dirigió las obras para acondicionar estas instalaciones para la primera Universidad Católica de Irlanda, de la que él fue primer Rector (1854-1858).

había varios modos de "satisfacer" las obligaciones de la ordenación, de las cuales el trabajo como Tutor de un College era uno de ellos²⁵.

Sabía que las verdades morales son "adquiridas por el estudio paciente por la reflexión tranquila, como el silencioso caer del rocío", y no se aclaran "en una discusión de una hora". Por ello reconocía la necesidad de un acompañamiento a los alumnos que fuera más allá de la hora de clase, pensaba en "la necesidad de que hubiera hombres en la Iglesia, como los frailes católicos romanos, libres de todos los obstáculos para dedicarse a esta labor"²⁶.

Había algo inusual y sorprendente en su trato con los estudiantes que estaban bajo su jurisdicción²⁷: primero que nada se opuso ferozmente a fomentar sus malos hábitos y vicios, los animó a esforzarse y a no dar gastos innecesarios a sus familias, trabajó incansablemente por eliminar aquellas costumbres institucionales que, lejos de ayudar al crecimiento moral de los estudiantes, fomentaban en ellos actitudes irreverentes y

²⁵ Ib., p. 50

²⁶ Ib., p. 57.

²⁷ Ib., p. 60.

superficiales. Pero, por encima de todo, *"cultivó el trato con esos jóvenes, no solo de cercanía, sino también de amistad, casi como si fueran iguales, haciendo a un lado, en la medida de lo posible, el método militar que estaba en boga en el trato con los tutores del College; incluso procuraba reunirse con ellos por las tardes al aire libre y durante las vacaciones. Cuando fue nombrado Vicario de St. Mary's en 1828, gozaba ya de gran prestigio sobre ellos, de manera que lo acompañaban al recinto sagrado, y recibían directamente sus consejos a través de sus sermones. Pero independientemente de su trabajo en St. Mary's, se había propuesto, desde el principio de su labor docente, la meta de ganar almas para Dios"*²⁸.

Al ser nombrados tutores Froude y Wilberforce, en 1828, Newman dejó de encontrarse solo en sus opiniones. Los nuevos colegas tenían un acuerdo práctico con Newman sobre la naturaleza del cargo de Tutor universitario: se trataba de un custodio de la juventud al que se le encomendaba el desarrollo integral de aquellos jóvenes, incluido el aspecto moral y religioso.

Newman sabía que era necesario hacerse "esclavo del grupo en formación", y así hizo toda su vida, ayudando de modo especial a los que estaban mejor dispuestos y mejor dotados. No estaba interesado en tomar parte en un sistema cruel de leyes y formalismos, en el cual los buenos y prometedores eran sacrificados por favorecer a los alumnos menos valiosos e inteligentes.

Estos principios acompañaron a Newman toda su vida. También en Littlemore (Maryvale), donde se dedicó, junto con un grupo de gente más joven que él, a disponer su alma



Dos vistas de Littlemore (Maryvale) donde vivió Newman los años previos a su conversión al catolicismo en 1845.

²⁸ Ibíd.

para descubrir la voluntad de Dios en relación con su vida futura. Al Newman formador le seguimos viendo durante el tiempo de la fundación y consolidación del Oratorio, lo mismo que con ocasión de la erección de la primera Universidad Católica de Irlanda, en Dublín. Sus ideales educativos están resumidos, de alguna manera, en el lema que hizo suyo al aceptar el nombramiento cardenalicio: *Cor ad cor loquitur, -The heart speaks unto heart*, el corazón le habla al corazón-. Así resumía Newman la experiencia de Dios de toda una vida -la pedagogía que Dios



Habitación de Newman en Littlemore (Maryvale)

mismo había usado hacia él- y también la labor educativa que siempre había intentado realizar el que se definía a sí mismo, ante todo, como un "educador"²⁹. Para Newman, la educación es cuestión de corazones, y ha de procurar un desarrollo integral del hombre, desarrollo de su capacidad de amar -de su corazón- y de su libertad: la autentica educación es una formación ordenada al uso correcto de la libertad que encuentra su plenitud en la donación personal, pues el hombre solo se realiza en la entrega sincera de sí a los demás³⁰.

En todo este tiempo, Newman estaba convencido de que el camino no era ni la presión, ni la violencia, mucho menos el condicionamiento, sino que lo mejor era alentar la apertura y la confianza, sobre este punto, Ker cita a Newman: *"Debemos tratar de tener cada cosa en regla y abjurar de cualquier tipo de espionaje, como es escuchar tras las puertas"*³¹, acto seguido Ker menciona el ejemplo de Newman como maestro de novicios

²⁹ "Desde el principio hasta el final, la educación ha sido mi línea" (*Autobiographical writings*, p. 259).

³⁰ Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, 24.

³¹ p. 481.

en el Oratorio de Birmingham: *"reemplazó a Flanagan como maestro de novicios, poniendo en práctica lo que comentó el año anterior, dando a los novicios tanta libertad y responsabilidad personal como fuera posible"*³².

El Concilio Vaticano II ha puesto de relieve que *"la verdadera educación persigue la formación de la persona humana en orden a su fin último y, al mismo tiempo, al bien de las sociedades de las que el hombre es miembro y en cuyas obligaciones participará... desarrollar armónicamente las cualidades físicas, morales, intelectuales, para que adquieran gradualmente un sentido más perfecto de la responsabilidad en el desarrollo recto de la propia vida, en un esfuerzo continuo y en la adquisición de la verdadera libertad, superando los obstáculos con magnanimidad y constancia"*³³. Newman en su tiempo vivió estos criterios y nos invita a vivirlos a nosotros. Que su ejemplo nos aliente a no escatimar esfuerzos por brindar oportunidades, y crear ambientes donde los chicos encuentren el espacio propicio para su desarrollo integral.

El clima del dialogo educativo ha de ser la amistad. Si se tiene el propósito de ayudar a las personas, lo primero que se les ha de ofrecer es un espacio de amistad en el que se sientan valorados y motivados. Para que las personas abran el corazón y se dejen ayudar, es necesario ganar su confianza. Newman nos enseña que esto solo se realiza si ofrecemos una amistad confiable.

De acuerdo al Cardenal Inglés, toda auténtica educación ha de incluir, como punto de partida, la formación de la conciencia, la liberación de vicios y la consecuente adquisición de virtudes; y, de este modo, el aprendizaje de la verdadera libertad, y la apertura para vivir la docilidad a la gracia, sin la cual la propia vida quedaría truncada.

En lo que respecta a la educación tiene particular importancia que estemos familiarizados con el principio de economía, del cual Newman habló en múltiples ocasiones. Este principio, que él había aprendido de los padres de la Iglesia de los primeros siglos nos muestra que el camino más sencillo para que la gente vaya comprendiendo las exigencias de la vida interior es que vaya siguiendo con docilidad lo que su conciencia le pide. No hemos de forzar a las personas a que comprendan más, sino a que vivan más. La limpieza y la honradez serán las armas para que puedan ver los pasos siguientes que Dios les inspira: *"No pido ver la escena distante, un solo paso me basta"*, escribió Newman en el poema titulado *La columna de nube*, en medio del mar (1832) cuando volvía de un accidentado viaje por Italia.

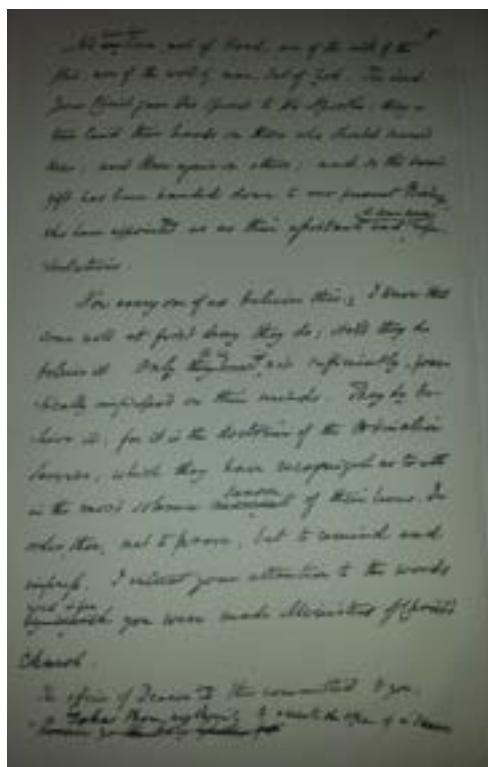
³² Ibid.

³³ *Gravissimum educationis*, 1.



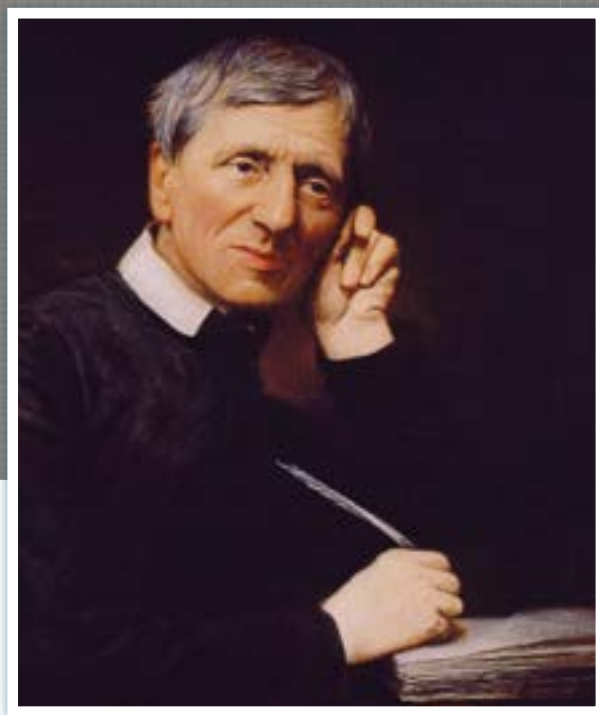
Biblioteca y Oratorio dedicado a San Felipe Neri, dentro de las habitaciones de Newman en el oratorio de Birmingham.

Newman nos enseña a ser "esclavos" de la formación de las personas. No escatimemos esfuerzos, sacrificios, oraciones. La formación de las personas exige olvido de sí, paciencia, constancia, confianza. Pablo VI escribió que *"la juventud cristiana no dejará defraudada a la Iglesia, si dentro de ella encuentra suficientes personas maduras, capaces de comprenderla, amarla y guiarla y abrirle un futuro, transmitiéndole con fidelidad la Verdad que no pasa"*³⁴. Antes de que el Papa escribiera estas líneas Newman había sido una de esas personas maduras y capaces de comprender a los jóvenes, amarlos, guiarlos y abrirles un futuro; su ejemplo nos invita a implicarnos también nosotros en esta misión -entre las obras divinas, una de la más divinas- Newman nos enseña cuál es la condición para estar a la altura de esa misión: que nuestro corazón se haga uno con el de Jesús, así nuestro corazón servirá de intermediario entre el corazón de Él y el de las personas a las que queremos ayudar, recordemos que la educación es un oficio espiritual, más que una ocupación temporal y profana.



Autógrafo de Newman

³⁴ Gaudete in domino, 58.



Maestro del espíritu

EL ARREPENTIMIENTO CRISTIANO³⁵

"Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco ser llamado hijo tuyo; trátame como a uno de tus jornaleros" (Lc. 15, 18 - 19)

Lo mejor que puede decirse de la raza de Adán, caída y redimida, es que reconocen su caída, se culpan de ella, e intentan recuperarse. Y esta situación, en realidad la única religión que les queda a los pecadores, se nos presenta en la parábola del hijo pródigo, a quien se pinta recibiendo, malgastando y luego perdiendo los dones de Dios, padeciendo

³⁵ Newman, *Parrochial and plain sermons*, n. 318, 20 de noviembre de 1831. Tr. castellana: Newman, J., *Sermones parroquiales* /3 (*Parrochial and plain sermons*), Encuentro, Madrid, 2009 (tr. Víctor García Ruiz con Santiago González y Fernández-Corugedo) pp. 104-113.

las consecuencias de esa pérdida, y volviendo finalmente en sí mismo, gracias a la experiencia del dolor.

Desde luego es un pobre servicio, pero es el mejor que podemos ofrecer: hacer de la obediencia nuestra segunda opción cuando el mundo nos abandona, cuando el mundo donde estábamos se nos pierde y se nos muere.

Al decir yo esto, no se piense que existe un momento claramente marcado en la vida en que empezamos a buscar a Dios y a servirle fielmente. Ese puede ser el caso de esta persona concreta o de aquella otra, pero no es la regla habitual ni mucho menos. No podemos limitar así la acción misteriosa del Espíritu Santo. Él se baja a rogarnos de continuo, y lo que no consigue de nosotros en un momento dado, lo logra en otro. El arrepentimiento es una tarea que atraviesa diversas fases y que solo llega a termino gradualmente y tras muchos retrocesos. O, más bien, y sin introducir cambios en el sentido de la palabra arrepentimiento, es una tarea que no se completa, que no se acaba nunca; es algo inconcluso, tanto en su intrínseca imperfección como por las constantes ocasiones -una y otra vez- que surgen para ejercitarlo. Pecamos de continuo; tenemos que renovar siempre el dolor y el propósito de obedecer, volviendo siempre a la confesión y pidiendo perdón a Dios de continuo. No es necesario retornar a los primeros pasos de nuestro arrepentimiento, si es que somos capaces de rastrearlo, como algo aislado y peculiar en nuestro camino hacia Dios. Estamos siempre recomenzando. El cristiano más perfecto no es, a sus propios ojos, más que un principiante, un penitente pródigo que ha derrochado los dones de Dios, y que vuelve a él para que le de otra oportunidad, ya no como hijo sino como trabajador a sueldo.

Así pues, en la parábola no hay que entender que el regreso del hijo pródigo implique que exista un estado de desobediencia y un consiguiente estado de arrepentimiento definitivamente marcado en la vida de los cristianos. La parábola pinta el estado de todos los cristianos de todos los tiempos, y se cumple más o menos, según los casos y las circunstancias, en un caso y otro. Al comienzo de nuestro camino de cristianos, se cumple de un modo y en una medida, y al final, de otro. Lo veremos a continuación, al describir la naturaleza de todo verdadero arrepentimiento.

1. En primer lugar, el hijo pródigo dijo "ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo; trátame como a uno de tus jornaleros". Sabemos que servir a Dios implica una libertad perfecta, no servidumbre. Pero esto es así cuando se lleva mucho tiempo sirviéndole; al principio sí es una especie de servidumbre, es un trabajo hasta que nuestros gustos e inclinaciones convergen y se unen con los que Dios ha sancionado. La felicidad de los ángeles y de los santos en el cielo es regocijarse en su deber, y nada más que en su deber,



Púlpito de la Iglesia Universitaria de St. Mary's en Oxford. Como clérigo anglicano Newman predicó desde aquí los sermones parroquiales y los sermones universitarios

porque su ánimo va en esa dirección única y se explaya obedeciendo a Dios, de forma espontánea y sin deliberación o consideración, de la misma manera que el hombre peca de forma natural.

Este es el estado al que tenderemos si nos damos del todo a Dios. Pero al comienzo esa dedicación es necesariamente un trabajo y un servicio prestado formalmente. Cuando una persona se da cuenta de su miseria y decide cambiar de vida, se pregunta "¿qué debo hacer?" Se encuentra ante un campo anchísimo y no sabe por donde empezar. Para ponerse en marcha es preciso que realice algunos actos de pura obediencia. Hay que decirle que vaya a la Iglesia de forma regular, que recite sus oraciones de la mañana y de la tarde, que lea la Biblia de forma regular. Esto enfocará sus esfuerzos hacia un fin determinado y le aliviará de la perplejidad y la indecisión que al principio causa la inmensidad de esta labor. Pero ¿quién no percibe que este acudir a la iglesia, esta oración a solas, esta lectura de la Escritura, en su caso debe de ser en gran medida algo formular, un trabajo? Acostumbrado a hacer lo que le apetece, permitirse esto o lo otro, sin entender

ni gustar de lo religioso, es incapaz de realizar con gusto estos deberes de piedad. Necesariamente serán para él algo agotador; es más, ni siquiera será capaz de prestarles atención alguna. Ni tampoco les verá utilidad por ningún lado; no podrá ver en qué sentido lo hacen mejor, por mucho que repita esos ejercicios una y otra vez. Al principio, su obediencia es, exactamente, la del jornalero. "El siervo no sabe lo que hace su señor" (Jn. 15, 15). Así explica Cristo la situación de este sujeto. El siervo no goza de la confianza del Señor, no entiende qué se propone, o por qué manda esto y prohíbe aquello. Cumple las órdenes que se le dan, va aquí o allá, con puntualidad, pero guiado por la mera letra de los mandatos. Este es el estado de quienes empiezan a obedecer a Dios. No ven que salga nada de sus esfuerzos de piedad o de penitencia ni tampoco les sacan gusto; se ven obligados a ceder ante la palabra de Dios sencillamente porque es su palabra; y hacerlo implica fe, sí, pero también les muestra que se encuentran en esa condición de siervo que el hijo pródigo ambicionaba como la mejor posible para él.

Insisto en esto porque la conciencia de un pecador arrepentido suele sentir incomodidad cuando ve que la religión es una carga. Piensa que debería alegrarse en el Señor inmediatamente, y es verdad que a menudo le dicen que debe hacerlo; con frecuencia se le dice que cultive elevados sentimientos. Y hasta le ponen en guardia contra el ofrecimiento a Dios de lo que llaman "prácticas formales". Pues bien, esto es sencillamente invertir el camino de la vida cristiana. El hijo pródigo tuvo mejor juicio cuando pidió ser considerado uno de los jornaleros de su padre. Conocía su sitio. En religión, no hay más remedio que comenzar con lo que parece formalidad. El error consistiría no en comenzar con lo que parece formalidad sino en continuar así. Porque es deber nuestro esforzarnos siempre y orar para penetrar en el auténtico sentido de nuestras prácticas de piedad, y en la medida que las entendemos y las amamos, dejarán de ser una formalidad y una carga, y serán la verdadera expresión de nuestra alma. Así, poco a poco, de corazón, pasaremos de ser siervos a hijos de Dios Todopoderoso. Y aunque desde el primer momento debemos aprender que Cristo es el salvador de los pecadores, su mismo amor nos intimidará, al tiempo que nos animará, al pensar en nuestra ingratitud. Nos llenará de remordimiento y temor del castigo, porque no somos como los paganos; nosotros hemos recibido privilegios a los que no hemos correspondido.

2. Hasta aquí la situación del pecador arrepentido. Veamos los motivos que le mueven en sus esfuerzos por servir a Dios. Uno de los más naturales, de los primeros que surgen en el ánimo, es el de desagraciar. Cuando somos conscientes de haber ofendido a alguien y queremos ser perdonados, inmediatamente buscamos medios de ponernos a bien con esa persona. Si se trata de una ofensa pequeña, la mera propuesta, la expresión

de nuestro deseo de ser perdonados, son en sí mismas suficientes. Pero si hemos cometido una ofensa grave, o hemos sido seriamente ingratos, durante una temporada nos mantenemos a distancia puesto que no sabemos que trato vamos a recibir. Ese objetivo puede lograrse mejor si tenemos algún amigo común que pueda mediar. Pero incluso en tal caso, no nos conformamos en dejar el asunto en manos ajenas. Queremos hacer algo nosotros mismos; y al percibir muestras de compasión o de aplacamiento en la persona ofendida, intentamos acercarnos a ella con actos de propiciación como admitir muy humildemente nuestro pecado, u otra acción adecuada. Así se sentía Jacob cuando quería atraerse al gobernador de Egipto (de quién no sabía que era su propio hijo José) con una ofrenda de "los mejores productos del país, un poco de resina aromática, un poco de miel, tragacanto, ládano, pistachos y almendras" (Gn 43, 11). Y esto se aplica también a los pecadores que buscan el perdón de Dios. Las muestras que podemos percibir de su misericordia son lo suficientemente fuertes para darnos esperanza. El mismo hecho de que nos mantengan en la vida y no nos haya arrojado al infierno, muestra que Él nos aguarda antes de que la ira caiga sobre nosotros con toda su fuerza. En esas circunstancias, es natural que el pecador que siente su conciencia golpeada busca a su alrededor alguna forma de expiación para presentarse ante Dios. En realidad ésta ha sido la manera normal de desenvolverse la actividad religiosa en todas las épocas. Bien con "holocaustos, con terneros de un año, con miles de carneros, o con torrentes de aceite a millares, mi primogénito a cambio de mi delito, el futuro de mis entrañas por mi propio pecado"; o, de forma más elevada "practicando la justicia, amando la caridad y conduciéndote humildemente con tu Dios" (Mi 6-8). De una forma u otra, los pecadores arrepentidos han intentado ganarse la atención y el favor de Dios. Y hasta ahora, esta conducta ha sido bien recibida por Dios, aunque por lo general Él decide que ofrenda desea aceptar. Así, le indicó a Jacob que ofreciera un sacrificio en el altar de Betel después de volver de Padán-Aram. Y David, por su parte, habla del sacrificio más espiritual en el salmo 51: " El sacrificio grato a Dios es un espíritu contrito: un corazón contrito y humillado, Dios mío, no lo desprecias". Estos son los actos del penitente, que surgen naturalmente y que Dios mismo ha probado en el Antiguo Testamento.

Pero ahora, volviendo a la parábola del hijo pródigo, resulta que en ella no encontramos nada de eso. Aquí no se dice nada de una ofrenda a su padre ni de una acción propiciatoria. Es importante hacerlo notar. La verdad es que nuestro Señor nos ha mostrado en todo una forma más perfecta que la conocida hasta el momento. Al prometernos una santidad más elevada, un dominio sobre nosotros mismos más riguroso, una abnegación más generosa y conocimiento más profundo de la verdad, nos da también



Distintas perspectivas de la Iglesia Universitaria de St. Mary, Oxford. Newman fue responsable de esta iglesia entre 1828 y 1843.

un arrepentimiento más noble y verdadero. El arrepentimiento más noble (si noble puede ser una criatura en su caída), la conducta más decorosa en un pecador consciente, es una rendición incondicional de sí mismo a Dios; no un regateo sobre las condiciones, no planear (por así decir) la forma de ser readmitido sino, en primer lugar, una rendición instantánea de uno mismo. Sin saber qué va a ser de él, si Dios le perdonará o no, teniendo una esperanza en su corazón como para no desesperar del todo de obtener el perdón, y no obstante sin mirar el perdón como un fin en sí mismo, sino más bien mirando a los derechos del Benefactor a quien ha ofendido, y golpeado vergonzosamente, y con la conciencia de su ingratitud, lo que debe hacer es rendirse a su justo soberano. Es un delincuente, un proscrito; lo primero que debe hacer, antes que nada bueno o malo se decida sobre él, es regresar. Es un rebelde y tiene que entregar las armas. Las ofrendas que uno mismo inventa pueden servir cuando se trata de asuntos menores; pero si se trata de expiar un pecado implicarían, por parte del pecador, una visión defectuosa de la maldad y la magnitud de su pecado. El camino perfecto, ante el cual la naturaleza se asusta, pero que nuestro señor nos manda es este: la rendición de uno mismo. El hijo prodigo no esperaba que su padre diera muestras de aplacarse. No se acercó a aquel lugar y luego se quedó allí cobardemente, preguntando curioso y temiendo como se sentiría su padre respecto a él. Se decidió inmediatamente a abajarse hasta el extremo, y quizá a ser rechazado. Se levantó y fue directo hacia su padre, con el ánimo decidido. Y aunque su Padre, ya enternecido, le vio desde lejos, y salió a su encuentro, su propósito era someterse por completo y en seguida. Así debe ser el arrepentimiento del cristiano: lo primero es dejar a un lado la idea de que encontraremos remedio para el pecado; después, aunque sentimos la culpa, debemos dirigirnos firmemente hacia Dios, sin tener la seguridad de que seremos perdonados. Él, sí, sale a nuestro encuentro dando muestras de su favor, y sostiene la humana fe que de otra manera se hundiría bajo la aprehensión de verse ante el Dios altísimo. Pero para que nuestro arrepentimiento sea cristiano, debe incluir esa generosa actitud de rendición del propio ser, el reconocimiento de que somos indignos de llamarnos ya más hijos suyos, el olvido de toda esperanza de sentarnos a su derecha o a su izquierda, y el deseo de llevar el pesado yugo de los esclavos, si él decidiera imponérselo.

Este es el arrepentimiento cristiano. Se dirá: ¿no es demasiado duro para quien comienza? Sí. Pero no he estado hablando de quien empieza. La parábola enseña cuál es la actitud del auténtico penitente, no cómo se acercan los hombres a Dios por primera vez. Cuanto más vivimos, más podemos aspirar a esta elevada forma de arrepentimiento, es decir, en proporción al avance en las demás virtudes y gracias del auténtico cristiano. La forma más genuina de arrepentimiento al principio se da muy poco, lo mismo que la

perfecta conformidad con cualquier otro aspecto de la Ley de Dios. Se adquiere tras una larga práctica; llegará al final. El cristiano moribundo cumplirá el papel del hijo pródigo con más exactitud que lo hizo nunca. Cuando volvemos a Dios por primera vez en nuestra vida, nuestro arrepentimiento se mezcla con todo tipo de visiones y sentimientos imperfectos. Desde luego, algo hay en él del verdadero carácter del puro sometimiento; pero el deseo de apaciguar a Dios, por un lado, y la dureza de corazón hacia nuestros pecados, por el otro, el mero miedo egoísta al castigo, o la esperanza de obtener un perdón fácil y rápido, estas y otras ideas parecidas, hacen mella en nosotros –no importa lo que digamos o creamos sentir–. Es fácil que se nos llene la boca de buenas obras o que la sensibilidad se excite; es fácil proclamar la completa renuncia a uno mismo unida a un



Memorial dedicado a John Henry Newman en el Oratorio de Birmingham

clarividente sentido del pecado, pero proclamar no equivale a poseer disposiciones tan excelentes. Obtenerlas requiere la acción del tiempo. Cuando el cristiano ha combatido el buen combate de la fe y sabe por experiencia qué escasos y que imperfectos son sus trabajos, entonces es capaz de aceptar, y acepta de muy buen grado la afirmación de que somos salvados por la fe solo por los méritos de nuestro Señor y Salvador. Cuando al final, repasa su vida ¿a qué podrá agarrarse? ¿Qué acciones suyas soportarán la mirada aguda del Dios Santo? Desde luego, ninguna en absoluto, eso no hay ni que decirlo; y ¿qué parte de su vida será prueba suficiente de su sinceridad y fidelidad? Este es el punto en que insisto. ¿Cómo sabrá que se encuentra en estado de gracia después de haber pecado? Sin

duda, puede tener una humilde esperanza de salvación. San Pablo habla de que le consuela el testimonio de su conciencia, pero su conciencia también le habla de innumerables pecados, e innumerables omisiones de su deber, y con el tremendo panorama de la eternidad ante él, y en medio de la debilidad de la vejez, ¿cómo podrá recobrar el dominio de sí mismo y presentarse dignamente ante Dios? Después de todo, se encuentra en la misma situación del hijo prodigo cuando regresa, y no puede hacer más que él, aunque haya servido a Dios mucho tiempo. Después de todo, no puede más que rendirse ante Dios como un siervo peor que inútil, entregado a su voluntad, sea la que sea; con mayor o menor esperanza de perdón, según los casos; sin dudar de que Cristo es el único y meritorio autor de toda gracia, confiando con sencillez en que Él "si quiere, puede limpiarte", pero no sin temores sobre sí mismo porque, como sabe bien, es incapaz de leer dentro de sí con la claridad y exactitud con que Dios lee su corazón. En estas circunstancias, ¿qué inútil es hablarle de sus buenas obras y animarle a que repase su vida pasada tan sólida! Este repaso difícilmente le consolará. Y si lo hace, consistirá más bien en el recuerdo de las veces en que Dios ha tenido misericordia con él en el pasado, y ese será el principal motivo de ánimo que sacará. No. Su principal punto será que Cristo "ha venido a llamar a los pecadores a la penitencia" (Lc 5, 32) y que "murió por los impíos" (Rm 5, 6). En la medida en que puede, reconoce y admite estas palabras de san Pablo, y nada más: "Podéis estar seguros y aceptar plenamente esta verdad: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, y de ellos el primero soy yo" (1 Tm 1, 15).

En el Día terrible del Juicio, ¿osará acercarse a Cristo quien haya rechazado la llamada de su Espíritu en esta tierra? ¿Quién osará rendirse al gran Dios entonces, en ese momento en que el infierno se abre y se dispone a recibirlo? ¡Ay!, solo porque nos queda algo de esperanza, nos atrevemos a darnos del todo a Dios en este mundo; la desesperación aún puede evitarse. Pero, entonces, cuando Dios se siente como severo Juez de los pecadores, ¿quién de los siervos malos y perezosos querrá presentarse ante Él de buena gana? El tiempo para someterse habrá terminado; la rendición ya no tiene cabida entre los condenados; el poder de Dios los barre de su presencia. "Atadlo de pies y manos y echadlo a las tinieblas de afuera; allí habrá llanto y rechinar de dientes" (Mt 22, 13). Esa será la orden terrible. Si pudieran, lucharían.

Incluso en el infierno serán atormentados por el gusano del orgullo rebelde que odia a Dios. Toda la eternidad no será capaz de ayudarles a soportar su duro destino; ni tampoco estará a su alcance la seca apatía en que se refugiarán los incrédulos en esta vida. No hay fatalismo en el lugar del tormento. Los demonios saben que se condenaron por

culpa suya, pero no pueden arrepentirse. Es su voluntad lo que se encuentra en directa y dura oposición a la voluntad de Dios. Y lo saben.

Meditad esto, hermanos míos, y llevadlo al corazón. Debéis rendiros a la misericordia de Dios aquí, o su ira os expulsará lejos en el más allá.

“Hoy, mientras es hoy, no endurezcáis vuestros corazones” (Hb 3, 7-8).



Capilla dedicada a al Beato John Henry Newman, dentro de la Iglesia del Oratorio de San Felipe Neri, Birmingham.

"AL MISMO TIEMPO QUE DAMOS GRACIAS A DIOS POR EL DON DE JOHN HENRY NEWMAN, LE PEDIMOS QUE ESTE GUÍA SEGURO Y ELOCUENTE EN NUESTRA PERPLEJIDAD SEA TAMBIÉN UN PODEROSO INTERCESOR EN TODAS NUESTRAS NECESIDADES ANTE EL TRONO DE LA GRACIA. OREMOS PARA QUE PRONTO LA IGLESIA PUEDA PROCLAMAR OFICIAL Y PÚBLICAMENTE LA SANTIDAD EJEMPLAR DEL CARDENAL JOHN HENRY NEWMAN, UNO DE LOS PALADINES MÁS DISTINGUIDOS Y VERSÁTILES DE LA ESPIRITUALIDAD INGLESA"

(S. Juan Pablo II, Carta, 22-I-2001)

Causa de Canonización





El Santo Padre Benedicto XVI en la audiencia con Su Majestad la Reina Isabel II en el Palacio de Holyroodhouse, durante la Visita Apostólica a Reino Unido con motivo de la Beatificación del Cardenal John Henry Newman (16-19 de septiembre de 2010). En la foto aparece también el esposo de la Reina, el Duque Felipe de Edimburgo.

EL CAMINO HACIA LA BEATIFICACIÓN

Ya en vida Newman fue considerado por muchos de sus contemporáneos un "gran santo", en quien resplandecían "los signos más evidentes de la perfección cristiana". A pesar de haberse visto envuelto durante el transcurso de su vida en una gran cantidad de controversias, la fama de santidad no disminuyó, sino que por el contrario fue aumentando con el tiempo. A su muerte en 1890, muchas personas lo consideraban un verdadero hombre de Dios. La *Evangelical Magazine* -importante revista protestante- escribía que "entre los santos del calendario pocos que merecían ese título tanto como el Cardenal Newman".

La posibilidad de dar inicio al proceso de Canonización se planteó varias veces después de la muerte de Newman. Hubo varias circunstancias que complicaron el inicio formal del proceso. Quizá el motivo principal para retrasar el inicio del proceso fue el respeto a la personalidad de John Henry, tan poco amante de la publicidad hacia su propia persona.

En 1941 el P. Charles Callan, dominico estadounidense, retomó la cuestión de la santidad de Newman, en un artículo publicado en la *American Magazine*. Este artículo tuvo un eco grande y una respuesta muy positiva.

Cuando se acercaba el año 1945, El Papa Pío XII, un ferviente admirador del Cardenal inglés, insistió en la importancia de celebrar debidamente el Centenario de la Conversión de Newman al catolicismo, lo cual dio mayor impulso a la fama de santidad de la que ya gozaba. En 1952, El Rev. H. F. Davis (después vice-postulador de la causa) publicó también un importante artículo sobre la posible causa de canonización de Newman.

Un primer intento de comenzar formalmente el proceso canónico lo realizó el entonces arzobispo de Birmingham Grimshaw que constituyó un tribunal para el proceso ordinario diocesano; no se llegó a ninguna parte debido la escasez de testigos vivos. Un año más tarde la Causa fue reintroducida mediante la consiguiente constitución de una comisión de expertos para reunir las pruebas de tipo histórico necesarias. Pablo VI alimentaba la esperanza de poder presidir la Beatificación de Newman en el Año Santo de 1975, cosa que no fue posible. En 1980 una nueva comisión histórica comenzó a reunir las pruebas necesarias para completar el proceso diocesano.

En junio de 1986 se enviaron a la Santa Sede los resultados del trabajo de investigación para que fueran examinadas. El P. Vincent Blehl, S.J., fue nombrado Postulador y supervisó la redacción de la "Positio" que sería analizada por la Congregación para la Causa de los Santos. Esta parte del proceso se completó con una velocidad inusual, la causa obtuvo un respaldo unánime por parte de los revisores.

En enero de 1991 el Papa Juan Pablo II declaró que John Henry Newman había vivido las virtudes cristianas en grado heroico, a partir de entonces Newman recibió el título de "Venerable".

Para dar el siguiente paso en el camino hacia los altares, era preciso que se reconociera un milagro atribuido a la intercesión del Venerable John Henry Newman. El 3 de julio de 2009, el Papa Benedicto XVI reconoció que este requisito se cumplía en la curación milagrosa del Diácono Jack Sullivan, ocurrida en 2001 después de haber implorado la intercesión del Cardenal Newman.

El Santo Padre Benedicto XVI, que a excepción de la Beatificación de Juan Pablo II había delegado todas las demás, quiso celebrar personalmente la Beatificación de Newman para rendir de ese modo un homenaje "a quien tanta influencia tuviera en su propia formación y pensamiento".

La ceremonia de Beatificación se llevó a cabo en Rednal, Birmingham, el 19 de septiembre de 2010.



Diácono Jack Sullivan, curado milagrosamente en 2001, después de implorar la intercesión de Newman.



El Santo Padre Benedicto XVI, en un momento durante la Ceremonia de Beatificación del Cardenal John Henry Newman, Cofton Park de Rednal - Birmingham (19 de septiembre de 2010).

“EL CORAZÓN LE HABLA AL CORAZÓN”³⁶

Es justo y conveniente reconocer hoy la santidad de un confesor, un hijo de esta nación que jamás se cansó de dar un testimonio elocuente del Señor a lo largo de una vida entregada al ministerio sacerdotal, y especialmente a predicar, enseñar y escribir. Es digno de formar parte de la larga hilera de santos y eruditos de estas islas. En el Beato John Newman, esta tradición de delicada erudición, profunda sabiduría humana y amor intenso por el Señor ha dado grandes frutos.

El lema del Cardenal Newman “cor ad cor loquitur”, “el corazón le habla al corazón”, nos da la perspectiva de su comprensión de la vida cristiana como una llamada a la santidad, experimentada como el deseo profundo del corazón humano de entrar en comunión íntima con el Corazón de Dios. Nos recuerda que la fidelidad a la oración nos va transformando gradualmente a semejanza de Dios... Newman nos dice que nuestro divino Maestro nos ha asignado una tarea específica a cada uno de nosotros, un “servicio concreto”, confiado de manera única a cada persona concreta: “Tengo mi misión”, escribe,

³⁶ Fragmento de la homilía del Santo Padre Benedicto XVI en la ceremonia de Beatificación del Cardenal John Henry Newman. Rednal, Birmingham, 19-IX-2010.

"soy un eslabón en una cadena, un vínculo de unión entre personas. No me ha creado para la nada. Haré el bien, haré su trabajo; seré un ángel de paz, un predicador de la verdad en el lugar que me es propio... si lo hago, me mantendré en sus mandamientos y le serviré a Él en mis quehaceres" (Meditaciones y devociones, 301-2).

El servicio concreto al que fue llamado el Beato John Henry incluía la aplicación entusiasta de su inteligencia y su prolífica pluma a muchas de las más urgentes "cuestiones del día". Sus intuiciones sobre la relación entre fe y razón, y sobre el lugar vital de la religión revelada en la sociedad, y sobre la necesidad de una educación esmerada y amplia fueron de gran importancia. Hoy también siguen inspirando e iluminando a muchos en todo el mundo. Me gustaría rendir un especial homenaje a su visión de la educación, que ha hecho tanto por formar el ethos que es la fuerza motriz de las escuelas y facultades católicas actuales. Firmemente contrario a cualquier enfoque reducido o utilitarista, buscó lograr unas condiciones educativas en las que se unificara el esfuerzo intelectual, la disciplina moral y el compromiso religioso. Qué mejor meta puede fijarse que la famosa llamada del Beato John Henry por unos laicos inteligentes y bien formados. Pido, para que a través de su intercesión y ejemplo, todos los que trabajan en el campo de la educación se inspiren con mayor ardor en la visión tan clara que él nos dejó.

ORACIÓN PARA IRRADIAR A CRISTO

John Henry Newman

Querido Jesús,

Ayúdame a esparcir tu fragancia en todos los lugares donde esté.

Colma mi corazón con tu Espíritu y tu vida.

Penetra mi ser y tómate de tal forma que mi vida se transforme en irradiación de tu propia vida.

Ilumina a través de mí y permanece en mí de tal modo que cada alma con la que yo entre en contacto pueda sentir tu presencia en mí.

Que la gente no me vea a mí sino te vea a Ti en mí.

Permanece en mí para que brille con tu luz y permite que otros sean iluminados por mi luz.

Toda la luz vendrá de Ti, oh Jesús.

Ni siquiera el rayo más pequeño de luz será mío.

Tú iluminarás a otros a través de mí.

Pon en mis labios tu mayor plegaria iluminando a otros a mi alrededor.

Que yo predique con acciones más que con palabras, con el ejemplo de mis actos, con la luz visible del amor que viene de Ti a mi corazón. Amén

ORACIÓN

para implorar favores por intercesión de san John Henry Newman

Dios, Padre Nuestro, tu siervo John Henry Newman defendió la fe con su enseñanza y ejemplo. Que su lealtad a Cristo y a la Iglesia, su amor a la Bienaventurada Virgen María, Madre de Dios y su compasión por los perplejos, sirvan de guía al pueblo cristiano hoy. Te suplicamos que concedas los favores que te pedimos por su intercesión... Te lo pedimos por Cristo nuestro Señor. Amén.

**Si recibes algún favor por intercesión de san John Henry Newman, por favor comunícanoslo*

The Newman Society

"Un heterogéneo e independiente grupo de hombres dedicados a una labor de autoreforma, no por presión alguna de la opinión pública, sino simplemente porque era necesario y justo emprenderla". Un puñado de amigos, pues "no queremos grandes tropas, sino francotiradores", que buscamos ayudarnos en la más sublime actividad humana, el trabajo sobre nosotros mismos. Nuestra amistad es garantía de fidelidad y fecundidad apostólica.

Queremos fomentar entre los jóvenes la amistad auténtica y la formación integral. **Nuestro modelo inspirador es san John Henry Newman**, canonizado por el Papa Francisco en Roma, el 13 de octubre de 2019. También nosotros deseamos "que los mismos lugares y los mismos individuos sean a la vez oráculos de sabiduría y santuarios de devoción; que el laico sea verdadero y devoto creyente, y que el hombre devoto sea culto y pueda dar razón de su fe".



COR AD COR LOQUITUR